

“Fernando León de Aranoa”



Sobre el autor

Fernando León de Aranoa (Madrid, 1968) es guionista y director de cine.

Su primer largometraje fue *Familia* (1996), con el que consiguió el *Premio Goya* a la mejor dirección novel. Le siguieron *Barrio* (1998), *Los lunes al sol* (2002), *Princesas* (2005), que fue su cuarta película como director y guionista y su debut como productor, y *Amador* (2010).

El conjunto de su trabajo ha merecido trece premios *Goya*, cinco de ellos a título personal, y ha sido presentado con regularidad en festivales internacionales como los de San Sebastián, Sundance, Berlín, Valparaíso, Ciudad de México, Los Ángeles, Valladolid o La Habana, habiendo resultado galardonado en muchos de ellos. Ha escrito y dirigido varios documentales y ha publicado con anterioridad relatos, por los que ha sido finalista del *Premio Camilo José Cela* y ha recibido el *Premio Antonio Machado* de narrativa breve. Ha publicado también *Contra la hipermetropía* (2010), una colección de textos y artículos que expresan su manera de entender el oficio de la ficción.



Los adioses elegidos

En la estación de Vitebsk, entre un puesto pequeño de souvenirs y un estanco en el que venden tabaco para liar Occidental Fuerte, hay un comercio de despedidas. Allí, los viajeros solitarios eligen la que mejor se acomodará a su partida de acuerdo con su estado de ánimo y con sus posibilidades económicas.

Por una cantidad ciertamente razonable, en él se puede encontrar desde el apretón de manos formal y económico de un conocido reciente hasta el abrazo sincero de un amigo muy querido; también la despedida emocionada en el andén de una familia al completo, con sus abrigate mucho y sus llama

cuando llegues, sus lamentos y su llanto inconsolable, en el que se empeñan a conciencia cinco intérpretes de sólida formación actoral y diferentes edades.

La despedida más solicitada es sin embargo el beso con abrazo prolongado de una bella enamorada. Su ternura susurrada deja en nuestra solapa un leve rastro de jazmines que tarda varios kilómetros en desaparecer. Promesas de inmediato reencuentro, juramentos de fidelidad y llamada diaria, se acompañan de los lógicos reproches por la indeseada partida, que conceden verosimilitud a la escena.

Por un insignificante suplemento, la enamorada caminará unos metros por el andén en paralelo al tren, con su mirada emboscada en la nuestra, pronunciando palabras de amor que no podremos escuchar, porque lo impedirá el traqueteo creciente del tren y la indudable emoción del momento. El arrullo de los adioses elegidos acompaña a los viajeros buena parte del trayecto, reconfortando su sueño con una levemente dolorosa, aunque necesaria, sensación de desarraigo.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013

Los nombres de las calles

Dicen que el general Ubaldo Lucas Agustí y el coronel Óscar Manuel Pérez-Puig nunca se llevaron bien. El uno desaprobaba las maneras del otro, discutía sus tácticas, ponía sus estrategias en duda, y al revés. Hoy, las calles que llevan sus nombres se cruzan en el centro de la ciudad que les vio nacer. Y en la esquina que forman se suceden terribles accidentes de circulación, disputas vecinales y asaltos de una crueldad insospechada.

En la esquina que forman las calles del Amor y la Amistad, los accidentes también son frecuentes. Los enamorados riñen, pierden sus carteras los paseantes, y perros que nunca antes mordieron a nadie atacan a los niños sin motivo.

En la esquina que forman el bulevar del Progreso y la calle del Bienestar duerme cada noche, entre los mismos cartones, un mendigo distinto.

Las calles que llevan tu nombre y el mío se cruzan en una plaza tranquila, de tierra, en la que los enamorados que fuimos se aguardan todavía sin paciencia.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013

Las cosas que se quieren perder

Los objetos con más tendencia a perderse son los relojes regalados por alguien muy querido y las cadenas de oro. También las carpetas con apuntes manuscritos en los días anteriores a un examen, nuestro rotulador rojo favorito y las llaves de casa, aunque éstas tiendan a hacerlo sólo de manera temporal.

Resulta llamativo también el empeño en ser olvidados en los taxis que muestran los paraguas en los días de lluvia y las bufandas al comenzar el invierno. Las gafas de sol de óptica, por el contrario, manifiestan una mayor disposición a perderse en los meses de más calor.

A día de hoy parece probado que existe una relación de proporcionalidad directa entre la importancia de los objetos y su tendencia a desaparecer: el número de teléfono de una mujer de ojos oscuros, anotado al vuelo en un ticket de compra en la cola de unos grandes almacenes, tendrá más posibilidades de no ser encontrado jamás cuanto más diáfana sea la claridad con la que creamos haber visto en ellos a la mujer por la que daríamos, llegado el caso, nuestra vida.

También las personas muestran en ocasiones tendencia a perderse. En especial los niños, porque aún desconocen la rutina, y los viejos, porque la quieren olvidar.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013

Los asesinos precavidos

Los científicos de la Antigüedad creían que, al morir, quedaba grabada en la retina de nuestros ojos la última imagen que habían visto. Suponían, por tanto, que buscando en ella encontrarían el rostro del asesino en el momento de asestar la puñalada definitiva, como si se tratara de una placa fotográfica, revelando su identidad. Por ese motivo, las víctimas de crímenes violentos aparecían con frecuencia con las cuencas de los ojos vacías.

Hoy sabemos que no es así.

Sin embargo, los asesinos, precavidos, siguen matando por la espalda.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013

Instrucciones para escribir una carta

Conocer a una mujer una tarde, en una terraza del centro de su ciudad. Convidarla a un café y entablar con ella una conversación ligera, pero no superficial. Apremiar la calidez y el silencio, su rutina de sonrisas, titubeos. Imaginar vivamente su aliento en el nuestro y la caricia dorada del sol en su pelo castaño, en la ventana, al caer la tarde.

Amarla después, echarla de menos. Aguardar a que pasen catorce días exactos.

Entonces ya está usted listo para escribir una carta.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013

Los lugares

Mi memoria es espacial, recuerdo a las personas si me las encuentro en el lugar al que pertenecen. Al carnicero sólo le reconozco de uniforme, detrás de su mostrador de mármol sonrosado, entre costillares, piezas de carne y cochinitos lívidos. Al vendedor de periódicos si está en su kiosco, enmarcado por la colorida maraña diaria de titulares y revistas para adultos. Encontrarme, por ejemplo, al zapatero en el videoclub me sume en el más absoluto de los desconciertos.

A mis vecinos los identifico sin dificultad en el portal del edificio, o en un par de manzanas a la redonda. Superado ese perímetro, resultan para mí perfectos desconocidos.

Es como si necesitara del marco para reconocer el cuadro.

Esta particularidad me causa graves inconvenientes. Cuando me cruzo a cualquiera de ellos en otro lugar de la ciudad, parque o transporte público, lejos de sus contextos habituales, jamás les saludo. Sé por la portera que toman mi incapacidad por altanería o simple falta de educación.

Lo mismo sucede con los grandes acontecimientos de mi vida.

No recuerdo el final de las películas, pero sí la fila y el número de la butaca desde la que las vi. No recuerdo a la adolescente que me besó por primera vez, pero sí el cuarto de baño de la discoteca de provincias donde sucedió. He olvidado de qué hablaban las líneas que me conmovieron de aquella magnífica novela, pero recuerdo perfectamente que estaban en página impar. De la muerte de mi abuela recuerdo las dimensiones exactas del tanatorio, el verde tornasolado del mármol en las paredes y las cortinas de cretona, levemente arrugadas. Y recuerdo también a la perfección el comedor del hotel de carretera donde mi mujer me dijo que ya no podíamos

seguir juntos, pero, si me lo preguntan, he olvidado por completo en qué quedó aquella conversación.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013

Saldo

Le da un beso a su mujer aún dormida n la frente, al levantarse, pero ella se lo devuelve después, en el cuarto de baño, cuando sale de la ducha.

Están en paz.

Luego prepara el desayuno a sus tres hijos que, al salir, ya en la puerta de la casa, le dan cada uno dos besos, lo que deja un saldo a su favor de seis. De éstos le dará dos a su madre cuando se detiene un minuto a saludarla, camino del trabajo, y otros dos a Lucía, la nueva secretaria de Cuentas, cuando se la presentan; recupera uno que le da su hermana cuando pasa por la oficina a verle, a media mañana, con lo que aún le quedan tres.

Su mujer le da dos más a la hora de comer, en el restaurante con manteles de cuadros rojos y blancos en el que suelen encontrarse. Más otros dos que le da Bianca, la encargada, cuando se sienta a la mesa con ellos a tomar café, hacen siete. Dos los desperdicia con una antigua compañera de carrera de la que apenas recuerda el nombre, con la que se encuentra en la puerta del edificio Andrade.

Con los cinco que le restan regresa al trabajo, donde le dará dos a escondidas a Isabella, una joven estudiante en prácticas que va sólo por las tardes. Luego, en el hotel Dos Castillas, le dará los tres restantes y ocho más, repartidos por distintos lugares de su cuerpo. Ella le devuelve doce, la mayor parte en la boca y el cuello. Él la besa dos veces más en el coche, cuando la deja frente a la casa de sus padres, con los que aún vive. Piensa mientras se los da que son besos rápidos, clandestinos, pero cuentan igual.

Llega a su casa tarde, cansado y sin apenas besos.

Da uno a cada uno de sus tres hijos, que duermen ya. Se acuesta junto a su mujer, uno abajo. En números rojos, le explica que en la agencia están sobrecargados de trabajo. A pesar del enfado, antes de darse la vuelta y dormir, ella le da un beso en la frente.

Estoy en paz, piensa él antes de quedar profundamente dormido.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013

Motivos

El Departamento de Ciencias del Comportamiento de una prestigiosa universidad del Medio Oeste americano realizó a mediados de los años ochenta un estudio sobre una muestra de población de seis mil quinientos individuos según el cual, los motivos por los que el hombre sonríe con más frecuencia a lo largo de su vida adulta, son:

1. Un recuerdo de la adolescencia.
2. Una llamada de teléfono largamente esperada.
3. Un diagnóstico.
4. El hallazgo inesperado de una fotografía en el transcurso de una mudanza.

Por el contrario, el mismo estudio establece que los motivos por los que el hombre siente tristeza y llora con más frecuencia en esa misma franja de edad, son:

1. Un recuerdo de la adolescencia.
2. Una llamada de teléfono largamente esperada.
3. Un diagnóstico.
4. El hallazgo inesperado de una fotografía en el transcurso de una mudanza.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013

El último adiós

Frente al cementerio municipal de la Ciudad de Guatemala hay un bar pequeño y luminoso, llamado El Último Adiós. En él se reúnen los deudos de los fallecidos a tomar un trago tras el sepelio.

Y celebran las virtudes que el difunto nunca tuvo, recordando con emoción anécdotas y viajes compartidos, extraordinarias hazañas que jamás sucedieron. De cuando en cuando, apoyados en el mostrador, rezan todos juntos un responso por su alma.

A menudo coinciden en El último Adiós diferentes cortejos. Los allegados de uno y otro muerto compiten en tales ocasiones en llanto y afectación como barras de hinchas vociferantes, buscando con sus oraciones acallar las del

sepelio contrario.

Allí son frecuentes las peleas a botellazos, los romances de una noche, las lágrimas y el luto, pero también los cánticos, el amor, los besos.

Los solteros más competentes de la ciudad, avisados, frecuentan El Ultimo Adiós. Saben que en él las viudas bajan la guardia como boxeadores a punto de ser noqueados, porque el dolor relaja las costumbres y la mejor manera de olvidar la muerte se esconde a menudo bajo las faldas de la vida.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013

Variaciones

Según un estudio reciente, son muchos los aspectos ligados a nuestra personalidad que creíamos inmutables y sin embargo experimentan variaciones a lo largo del día, a causa de factores ambientales sin importancia aparente.

Sin que hayan podido establecerse conclusiones de orden causal, los autores del estudio dan por probado que el hombre adelgaza de manera momentánea cuando pasa por delante de un espejo o ante una mujer de belleza contrastada. También que su estatura se reduce al fichar por las mañanas a la entrada del trabajo, y los domingos en casa de los padres de ella. Su capacidad intelectual disminuye ligeramente en las gradas de los estadios de fútbol, y de manera significativa cuando le es presentada una mujer de indudable atractivo, viéndose comprometidas en tales ocasiones capacidades verbales y motoras que creíamos perdurables.

El mismo estudio demuestra que la tristeza se acentúa al pasar ante una estatua ecuestre, frente al portal de un antiguo amor, o cuando rellenamos formularios.

Sus autores consideran probado asimismo que la belleza de la mujer se multiplica exponencialmente mientras hace el amor y cuando se emociona de manera inesperada. Por el contrario, se ve seriamente mermada cuando se enfada al encontrar la tapa del retrete abierta.

La belleza del hombre se multiplicaría también mientras hace el amor, llegando a triplicar sus valores absolutos días después, cuando se lo cuenta a sus amigos en el bar donde se reúnen los jueves, pero alcanza su mayor expresión cuando lo recuerda pasados los años, un martes de otoño, en la soledad de su dormitorio.

Fernando León de Aranoa
Aquí yacen dragones. Seix Barral, *Biblioteca Breve*.2013